

Plaza Irlanda

Of wealth or of glory
I shall leave nothing behind me
(I think it, O God, enough!)
But my name in the heart of a child.

Padraic Pearse

Quienes lo habían visto marchitarse sin dar fruto en la flor de la juventud, dijeron tiempo después que no se había llamado Onofrio. Pero fue Onofrio el nombre con el que la mayoría de los que lo encontraban a media mañana sentado leyendo al borde de Flores, bajo la mirada calma y final de Pearse, lo estimaban o lo desestimaban. Quienes por descuido o con saña lo ignoraban, ignoraban también su nombre.

En todo caso, la melancolía incierta dibujada en las arrugas con la que los inviernos a la intemperie le habían hundido los párpados, la elegancia discretamente dilapidada sobre la talla lánguida y levemente encorvada por el peso de la enorme barba blanca, no le era

desconocida a ninguno de los habituales que cruzaban los primeros fríos de Marzo en las albas flemática de Plaza Irlanda con perros o chicos.

Frany que tenía memoria de su llegada al barrio, no tenía, sin embargo, memoria de haberlo visto por primera vez y a veces suponía, aunque lo sabía falso, que como una de las obras de Guillaume, Onofrio siempre había estado ahí. Onofrio, al contrario, nunca perdió el eco de las primeras palabras que escuchó de Frany.

— "¿Vos sos bueno o sos malo?" dijo la nena confundiendo lo malo con lo terrible.

— "No sé" dijo Onofrio sin levantar los ojos del libro. La figura perfectamente inmóvil le confirmaba a Frany la impresión de que la voz oracular emanaba desde la profundidad de un mármol antiguo que con su barba enmarañada de una minuciosa eternidad hacían de la figura del hombre la aproximación más exacta a la idea de dios que la nena había encontrado..

"Cómo te llamas?" preguntó Onofrio finalmente levantando la vista pero sin sonreír.

"Frany" dijo Frany devolviéndole la misma mirada grave. "Y vos?"

"Me llaman Onofrio."

"Hola Onofrio".

"Hola Frany."

"¿Vivís por acá?" preguntó acariciándose la barba.

"Si, frente a Ferro y voy al colegio ahí." y sin sacarle al hombre los ojos de encima, apuntó con un índice rebelde las ventanas de Santa Brigida eclipsado por las tipas blancas. .

Fue solo entonces que Frany notó al perro azul que parecía estar disimulando con el sueño la atención solícita con la que seguía la conversación a la espera de cualquier gesto de hostilidad.

"¿Cómo se llama tu perro?" preguntó.

"Gariouen" dijo Onofrio y las orejas de Gariouen se irguieron delatando la atención furtiva .

"Que nombre raro." contestó Frany sin poder repetirle a sí misma los sonidos que acababa de escuchar.

"Así es. Especialmente para un perro azul.." respondió el hombre.

El lunes a la mañana desde una de las ventanas del segundo piso que daban sobre Seguí, Frany miraba a Onofrio suspendido en el mismo gesto de calma inalterable en el que lo había dejado dos días antes. Los únicos movimientos que la distancia de la mañana fría le ofrecían a través del entramado de

ramas anémicas y hojas agónicas en las que leía Onofrio eran probablemente los de Gariouen.

El martes, Frany volvió a la ventana que daba sobre Seguí y volvió a encontrar, aunque ahora mucho más claros, los esbozos de Onofrio y Gariouen entre las ramas y las pocas hojas de las que el viento de la noche se había apiadado. Frany tuvo por primera vez la impresión de otoño y con ella una idea vaga de la naturaleza y su fuerza. Pero la claridad con la que le llegaban el hombre y el perro tenía menos que ver con la desnudez del árbol al resguardo de la promesa del invierno hecha al principio del otoño que con el reconocimiento que germina en el hábito.

Con la campana de las cuatro Frany corrió escaleras abajo y sin darle tiempo a la preceptora a alcanzar con la voz la distancia que junto a Frany habían recorrido su mirada, corrió por Gaona y cruzó Seguí sin prestarle atención a los autos. Buscó entre los árboles el banco de Onofrio y lo encontró desocupado.

Un parpadeo de desazón fue interrumpido por la cola de Gariouen que reconoció a la nena. Frany se arrodilló y Gariouen abrió los ojos agradeciendo la caricia en la cabeza que la cola azul festejó desdibujándose en la velocidad de la alegría canina.

"¿No le tenés miedo?" dijo la voz de Onofrio desde alguna altura inalcanzable para la mirada de Frany todavía de rodillas frente a Gariouen.

"No." contestó Frany sin darse vuelta y permitiéndole a la beatitud modesta de encontrar lo perdido iluminar la tarde. La nena adivinó la posición aproximada de Onofrio en la atención del perro.

"¿Como te fue hoy?" preguntó Onorio dejando que Frany vislumbrase con claridad la magnanimidad y la omnisciencia.

"Bien." dijo Frany sabiendo que su respuesta era innecesaria.

"¿Que aprendiste?" pregunto Onorio.

"Nada." dijo Frany acusando descuidadamente a todas las bibliotecas de oriente y occidente. La plaza se había llenado de paseadores de perros.

"Quizás porque estabas distraída mirando a cada rato por la ventana." dijo Onofrio y Frany se sintió descubierta. Se levantó del suelo en donde todavía acariciaba a Gariouen y con las mejillas encendidas de un rubor nuevo corrió por Seguí y no detuvo la marcha hasta no llegar a Avellaneda.

Por algunos días Frany se alejó de la ventana y no sin cierta tristeza volvió a sus juegos habituales hasta que una tarde el ladrido

crispado de Gariouen en la distancia volvió a llamarla. Del otro lado del vidrio y más allá de los árboles desnudos, Onofrio con una mano detenía el avance de Gariouen sobre un guardia de plaza mientras que con la otra buscaba amansarle la cruz erizada. La conversación parecía relativamente amena si bien el guardia de bigotes parado demasiado cerca del banco forzaba a Onofrio a sostener la enorme cabeza con su pesada barba en una contorsión casi imposible del cuello enjuto. El guardia se alejó acariciando el bigote negro y Gariouen recobró la compostura.

"Molina no le cae simpático a Gariouen. Solo él sabe por qué." le dijo Onofrio a la nena que volvió al banco siendo presa fácil de la curiosidad.

"¿Quién era ese?" preguntó Frany sabiendo que Onofrio se sabía observado.

"Ese era Molina. El vigilante. Es buen hombre aunque tiene una fe un poco tonta en su misión."

"¿Cual es su misión?" respondió sin entender del todo los lugares por donde la conversación la llevaba.

"Asegurarse de que el asfalto sea siempre gris y la sombra sea siempre oscura." sonrió Onofrio y convidó una aventura: "Vení, seguime". La nena tuvo tiempo de titubear el

instante que tardó Onofrio en convencer a su pierna izquierda de ayudarlo a levantarse del banco. Gariouen bostezó, se estiró desvergonzadamente y siguió lerdo a su dueño. Detrás caminó Frany mirando a Onofrio seguir con la mirada atenta a Molina que se alejaba por Seguí.

Entre un par de pinos mormosos, Onofrio dijo en voz baja, "Surco, Gariouen!" y el perro empezó a arañar con las pezuñas negras la tierra seca que agrietada reveló un subsuelo húmedo y negro. "Ya está bien así." y el perro se detuvo y a la espera de la siguiente orden fijó la mirada en su dueño.

Onofrio hundió la mano en el bolsillo abierto del tweed deshilachado y la sacó en un puño firme pero paternal. Con un guiño invitó a la nena a acercarse al suelo roto sobre el cual se inclinó con un ademán de osadía o reverencia y liberó a la tierra el manojito de semillas que guardaba en el puño. "Gariouen" volvió a decir el hombre y el perro respondió dándose vuelta y desparramando nueva tierra sobre la herida vieja para darle abrigo a las semillas.

Casi a los pies de la Fe pétrea pero lacónica, los tres fueron sorprendidos por Molina a quien Gariouen recibió con un gruñido grave y prolongado.

"¿No estás grande para estas cosas, Onofrio?" preguntó Molina gentilmente. "¿Y tu secuaz como se llama?"

"Molina pregunta cómo te llamas." le dijo Onofrio a la nena que respondió con una deferencia hecha de temor y el germen de repulsión que muchos años después la llevarían a morir acribillada en el pasaje Osaka dejando el último aliento en el recuerdo sosegado de Onofrio plantando unas cinerarias subversivas en mitad de la plaza.

"Me llamo Frany." dijo Frany.

"Hola Frany" dijo Molina. "Yo soy Molina, el guardia de la plaza."

"Si, ya se." dijo Frany.

"Pareces muy joven para estar empezando una carrera criminal. ¿Cuántos años tenés?" preguntó Molina.

"Once." contestó Frany.

"Onofrio, corrompiendo a la juventud..."

"No corrompo a nadie y si lo hago, lo hago involuntariamente." contestó Onofrio con lo que pudo ser una sonrisa y las manos firmemente plantadas en los bolsillos.

Frany, quien se sabía aludida, no entendía la alusión pero buscaba descifrarla palpando con manos húmedas y ojos anchos los contornos de la conversación que incluso después de

varios minutos no podía decir con certeza si era amable u hostil.

Molina se encogió de hombros, miró una vez más a Frany y se fue caminando por donde probablemente había emprendido su acecho. Frany miró a Onofrio desde la distancia de la incertidumbre y Onofrio reconociéndola le dijo:

"Frany, dame tu mano." Frany obedeció lerdamente ofreciendo la palma de la mano derecha todavía húmeda de varios recelos. Onofrio sacó el puño cerrado que guardaba en el bolsillo y lo abrió sobre la mano de Frany dejando caer un manojito de semillas marrones y puntiagudas.

"¿Qué son?" preguntó la nena.

"Son flores y árboles."

"¿Y qué hago con estas semillas?"

"Lo que quieras. Podés tirarlas o puedes encontrar un lugar donde abrugarlas con tierra. Después la lluvia se encargará de hacer que crezcan."

Por un rato largo, Onofrio y Frany se sentaron en el banco a mirar la tarde hundiéndose entre las sombras de la calma recuperada que había dejado tras de sí el eco metálico del paso severo de Molina. Gariouen se sentó debajo de Frany y volvió, sin esfuerzo, a dormir sobre sus antiguas elucubraciones.

Al volver de la escuela unos días después, Frany se vio recibida por el aire áspero que respiraba la madre sentada a la mesa vacía. Antes de ver los gestos de Molina inscritos en la cara y en las manos de Jacinta en vuelo rapaz, Frany entendió que estaba por ser apercibida.

"Hoy pasó por acá el capitán Molina" le dijo Jacinta a su hija sin primero saludar. La nena se vio repentinamente incrustada en el trecho indistinto de azulejos en el que las palabras de la madre la habían alcanzado. Sintiendo de nuevo la humedad en las manos y el peso enorme de las piernas, Frany esperó la siguiente frase.

"Dice que te vio varias veces con el ciruja de Plaza Irlanda, ese que duerme a los pies de la Caridad."

"Se llama Onofrio." respondió escasamente Frany viendo sus palabras desmembrarse y morir en el silencio inhóspito con el que Jacinta daba por terminada la conversación.

Desde la ventana sobre Seguí, Frany vio a Onofrio y a Gariouen cruzar el invierno agazapados sobre el mismo banco donde Onofrio leía y debajo del cual Gariouen

dormitaba. De vez en cuando encontraba el banco vacío y buscaba las dos figuras entre las ramas más altas en las que se escondían las distancias de la plaza que lindaban con Donato Alvarez. Entre las ramas todavía desnudas la sombra leve de Gariouen escarbaba junto a Onofrio arrodillado. Ocasionalmente en el paso de los días, la ceremonia se repetía pero cada vez más tenue en los resquicios que dejaban las enormes melenas de robles y tipas cada vez más densos.

Fue entonces que una mañana cuando las últimas oscuridades de Agosto empezaban a ceder a las primeras luces de septiembre, Onofrio y Gariouen no estaban más.

Con desesperación Frany recorrió con la mirada cada trecho de plaza y después por varias semanas volvió a la plaza a buscar hombre y perro pero sin resultado.. Volvió al banco antes y después de las horas de escuela. A escondidas de la madre, volvió en horas muertas a la Caridad de Guillaume esperando encontrarlos dormidos a su amparo pero Onofrio y Gariouen se habían ido para no volver.

Salvo a Frany, sobre quien se alzó el remordimiento de una promesa imprecisa postergadas sine die y a Molina, que asediado por la calma insípida del orden público

irreprochable de su plaza, se iba a refugiar a menudo en los recuerdos anémicos de la aventura vivida al acecho de Onofrio y de Gariouen, no le faltaron a nadie

Para el resto del barrio, la ausencia tardó mucho tiempo más en hacerse ver. Solo años después, alguno de los antiguos habituales cruzando otra alba flemática de Plaza Irlanda en los primeros fríos de otro marzo pero por ese entonces ya sin perro ni hijo, pensaría como la plaza, como el barrio y como él mismo habían cambiado y listándose en el silencio melancólico del mucho después el catálogo de transfiguraciones, notaría finalmente la ausencia y sin esperar respuesta se preguntaría qué habría sido del pordiosero de la barba blanca y de su perro azul.

La mañana soleada de octubre en que la búsqueda le comenzaba a resultar menos urgente y la idea de Onofrio y Gariouen que la acompañaba todos los días de la casa a la escuela y de la escuela a la casa menos ardua, una singular densidad de verdes repentinos y espesos rompió contra el borde inatento de sus ojos en la esquina de Seguí y Neuquén y la arrancó de cuajo del juego malsano de palpar con los dedos los relieves de la memoria que empezaba a cicatrizar.

Al otro lado de la calle, una multitud de vástagos se alzaban uno tras otro desde la profundidad de los verdes nuevos, algunos ya adornados de yemas doradas, otros haciendo los primeros gestos del roble viejo que no llegarían a ser. Demasiados para ser contados y demasiados para ser arrancados por mano dura.

La petulancia juvenil de una madre selva se mofaba del ascetismo de un poste de alumbrados. Una capuchina de un rojo impúdico se había alzado quizás en una noche y con sus resplandores había demarcado un nuevo territorio lindando con el banco de Onofrio. Las pasionarias rebeldes que esporádicamente habían interrumpido la majestad de los tediosos pastos del esparcimiento público, parecían haber asaltado todo trecho de alambrado dejando solo suficiente lugar, aquí y allá, para los respuntes de una glicina tierna o de una rosa errante.

Contra la Esperanza de Guillaume una bastión luminoso abría sus mil ojos amarillos de poeta y como un ángel vengador miraba con desafiante bravura en todas las direcciones a la vez. Los senderos de la plaza estaban ahora bordados de lirios entre los que las amapolas naranjas luchaban contra las llamas azules y

amarillas de mil iris. Frany escuchaba las campanadas rubias de los narcisos y la voz amable del gran coro de tulipanes y calculaba la densidad del aliento de las glicinas emparradas

Unas rosas carmesí redimían la trivialidad del género y Frany, que nunca había podido reconciliar la nobleza del nombre con el porte mustio de los tallos rígidos en las florerías, creyó estar viendo rosas por primera vez. El aire daba indicios de fresas o de jazmines furtivos y a penas visibles aquí y allá colonias de astromelias se agazapaban al borde de pastos altos como pequeños animales a la espera de la noche. Juncos y nenúfares rodeaban un bebedero de piedra roto hacía años del que ahora surgía un manantial que empujado por pastizales nuevos, crecía hacia Donato Alvarez en un arroyo hondo.

Buscando atónito una explicación entre las vastas constelaciones de marimonias doradas y peonías blancas que centelleaban en la oscuridad que los viejos troncos guardaban en sus sombras, Molina a duras penas llegó a cruzar Gaona sintiendo que sus rodillas buscaban rendirse al peso de la innegable derrota e tuvo que hacer un brutal esfuerzo para imponer algún resabio de orden sobre este suburbio último de su soberanía. Buscó

inútilmente los rasgos reconocibles de su plaza que ahora dormía hundida en las profundidades del jardín y encandilado por las luces triunfales de esta insolente primavera que había establecido su dominio con la inmediatez con la que una idea es concebida se fue por donde había venido y no volvió sino con el otoño.

Pero para Frany, la ternura con que la brisa le acariciaba la cabeza y la nobleza plácida de la riqueza por la que se sentía bienvenida sosegaban no solo la ausencia sino también el ardor de cierto indeterminado afán que no había dejado a Frany desde la tarde en que conoció a Molina.

La transfiguración de todas las criaturas, cada una de ellas descubriéndose a sí misma hija pródiga de una opulencia ancestral de la que esta primavera milagrosa estaba hecha era su acervo. Arrastrada por estas torrenciales formas de belleza capaces de rebalsar el lecho en el que se arremolinaban todavía algunos fragmentos de lo visible, Frany se veía abrazada por una desmesura de generosidad que solo podía ser el gesto de la virtud paterna esa que habitualmente se celebra en los templos.

En Marzo, cuando Molina volvió a la plaza y Frany a la escuela, la administración pública

había restablecido el dominio del gris sobre Plaza Irlanda y no quedaba rastro alguno del jardín de Onofrio y de Gariouen excepto por los últimos retazos secos de una campanilla azul que había muerto abrazada a las patas del banco que, por hábitos o por esperanza, Frany volvía de vez en cuando a buscar a la ventana sobre Seguí.